

Vivir la realidad y teorizar en Ciencias Sociales*

Sergio Bagú*

Resumen

¿Qué significa teorizar en Ciencias Sociales?, se pregunta Sergio Bagú. Para él, la capacidad de creación teórica en Ciencias Sociales se relaciona estrechamente con el mundo de las ideas y el entorno social. Resulta, por tanto, imprescindible reconstruir periódicamente la curva de la tendencia teórica. Bagú parte de estas premisas para hacer un recuento de las principales líneas teóricas desarrolladas en América Latina desde 1945 a la fecha. Revisa, asimismo, cómo influyen en la construcción teórica mundial y latinoamericana, fenómenos tales como el derrumbe del modelo socialista, el alto nivel tecnológico alcanzado por la humanidad, la recomposición mundial de fuerzas, entre otros.

Palabras clave: Ciencias Sociales, construcción teórica, teoría social, ciencia, tecnología, América Latina.

Abstract

What does it mean to theorize Social Sciences? According to Sergio Bagú, the capacity of theoretical development in Social Science is closely related to the world of ideas and the social spectrum. Thus, it's imperative to reconstruct periodically the tendency of what he calls the theoretical curve. Bagú begins with these premises to find out the theoretical models developed in Latin America beginning in 1945. Also, he analyzes how such world phenomena as the collapse of the socialist empire, new technology, the world powers reconfiguration, among other things, have affected our understanding of theory in Latin America and in the world.

Keywords: Social Sciences, construction of theory, social theory, science, technology, Latin America.

Resumo

Que significa teorizar em Ciências Sociais? pergunta-se Sergio Bagú. Para ele, a capacidade de criação teórica nas Ciências Sociais se relaciona estreitamente com o mundo das idéias e o contorno social. Torna-se, portanto, imprescindível reconstruir periodicamente a curva da tendência teórica. Bagú parte destas premissas para fazer uma contagem das principais linhas teóricas desenvolvidas na América Latina de 1945 até os dias atuais. Revisa, também, como influem na construção teórica mundial e latino americana fenômenos como a queda do modelo

* Nota editorial: reproducimos este trabajo —publicado en *Estudios Latinoamericanos*, núm. 4, julio-diciembre de 1995— por la importancia y actualidad que revisten los planteamientos de Bagú hoy en día, y con la intención de rescatar algunos aportes del pensamiento crítico latinoamericanos en el marco del 50 aniversario del CELA.

** Historiador argentino. Investigador del CELA durante más de 2 décadas, falleció a los 92 años, el 2 de diciembre de 2002.

socialista, o alto nível tecnológico alcançado pela humanidade, a recomposição mundial de forças, entre outros.

Palavras chave: Ciências Sociais, construção teórica, teoria social, ciência, tecnologia, América Latina.

Tipos de teoría

La reflexión teórica consiste en crear un marco imaginativo que contribuya a ordenar los datos y a desentrañar la lógica de las conexiones entre los fenómenos. La teoría en cualquier ciencia es, en parte, observación y experiencia y, en parte, vuelo imaginativo.

Hubo un tiempo, no muy lejano, en que se partía de la suposición de que las ciencias básicas —que entonces se admitía que eran exclusivamente las de la naturaleza— se construían a partir de escalones inamovibles, precisos e indispensables: observación, experimentación, generalización de datos y formulación de leyes comprobables mediante una nueva experimentación. Hoy ese esquema es inaceptable porque, aunque no se comulgue con ninguna epistemología en particular, sí se reconoce corrientemente que el proceso de creación científica es mucho más complejo y que la ciencia misma es una construcción lógica con un diseño interno muy diferente del que se le supuso hasta hace pocos años.

En las ciencias de la naturaleza la personalidad del teórico puede mantenerse, durante gran parte del proceso de creación, a una discreta distancia del problema mismo que se quiere resolver. Pero en las ciencias de la sociedad humana esto es imposible porque la personalidad del teórico forma siempre un elemento de la realidad que se debe descifrar. Podría suponerse que el historiador escrupuloso de una etapa muy lejana logra —él sí— mantenerse a gran distancia de la realidad que investiga. Error. Aun ese investigador está condicionado por una fuerte propensión a reconstruir y juzgar esa época a partir de pautas conceptuales y lógicas —éticas y religiosas, inclusive— que él ha asimilado en su tiempo y en su medio cultural y social inmediato.

¿Es que se violenta con esto un verdadero requisito vital de toda investigación científica? Sería absurdo extraer esa conclusión. Lo que ocurre es, simplemente, que al reconocer esta realidad se ubica el problema epistemológico sobre bases más ciertas y firmes que en el pasado.

Por otra parte, teorizar es una función cultural y desde hace varios siglos en todo el mundo los focos de creación cultural básicos se han vuelto más interdependientes, y la tarea misma de crear está condicionada por conocimientos,

comprobaciones e hipótesis elaborados fuera del circuito de acción del investigador. Lo que puede ser verdaderamente original en una investigación es algún núcleo de conocimientos nuevos o un germen diferente de capacidad interpretativa.

Esto último es lo que alimenta a la verdadera dinámica de expansión teórica, y en el caso muy concreto de las ciencias de la sociedad humana sabemos con certeza que la capacidad de creación teórica tiene vínculos, a la vez complejos y fundamentales, con el mundo de ideas y el contorno social en los cuales se desarrolla el teórico. Por eso es tan importante reconstruir periódicamente la curva de la tendencia teórica y relacionarla con la realidad social a la que ha pertenecido la generación del teórico que se quiera ubicar.

Líneas teóricas en América Latina

Cuando ya finaliza este siglo no es difícil re-trazar algunas líneas teóricas en varias ciencias sociales desarrolladas en América Latina después de 1945. En sociología, dos corrientes de ideas se sucedieron en el predominio dentro del ambiente académico y profesional. Una es el estructural-funcionalismo, de origen estadounidense, que prevaleció —más en la versión de Merton que en la de Parsons— desde el comienzo de la década de los cincuenta hasta el Congreso Latinoamericano de Sociología que tuvo lugar en México en 1968. A partir de ese año perdió su casi unanimidad y acabó siendo aceptada sólo por una minoría. La otra es el marxismo. Comenzando con algunos autores europeos de la inmediata posguerra, renovó con fuerza su presencia —nunca abandonada desde finales del siglo XIX— en muchos países latinoamericanos y desde aquel año de 1968 se transformó en una orientación predominante en el ambiente académico, aunque en buena parte representada por versiones muy esquemáticas y manualísticas. Desde 1989, con el ocaso soviético, estas versiones prácticamente desaparecieron del ambiente cultural latinoamericano, pero quedó la obra de los dos fundadores como importante contribución en el mundo de las ideas sociales.

En economía se advierte una presencia mayor de la originalidad cultural latinoamericana. De las cuatro corrientes básicas que han desfilado por las cátedras y la obra escrita en América Latina —el desarrollismo, la teoría de la dependencia, el marxismo y el neoliberalismo—, las dos primeras han sido, en gran medida, creación latinoamericana, mientras que la tercera es de origen europeo occidental y la cuarta es enteramente importación acrítica procedente de los centros importantes del capitalismo mundial. El marxismo tiene una presencia mínima en la configuración de la teoría desarrollista y más en la teo-

ría de la dependencia, así como en las críticas que desde temprano se formularon a ambas corrientes teóricas.

La relación estrecha de toda corriente teórica en ciencias sociales con la realidad social en cuyo seno se genera, está fuertemente condicionada por una mediación cultural: el mundo de las ideas predominantes, la accesibilidad a las fuentes originales de la teoría, la magnitud y el tipo de información que va a alimentar a la creación teórica, las condiciones profesionales y, en fin, la personalidad del investigador.

Este conjunto de factores actúa de una manera de difícil reconstrucción. Así como en las otras ciencias la creación teórica sólo en parte depende de la realidad observable, en las ciencias de la sociedad la realidad observable jamás puede tener esa naturaleza de lejanía y objetividad que se le reclamaba como un óptimo hasta hace no mucho tiempo, cualquiera fuese la actitud teórica del opinante. En otras palabras, el teórico en las ciencias sociales forma parte siempre de la realidad que observa, ya sea en forma directa como en antropología, sociología, economía y demografía, o indirecta como en historiografía.

Este condicionamiento intrínseco e inescapable genera riesgos pero también enriquece la aptitud teórica, porque el que opina es siempre un ser vivo con una intensa experiencia personal en materia de conflictos humanos.

Política, ciencia y tecnología

El naufragio de la Unión Soviética y el desmoronamiento del bloque oriental europeo ocasionaron un cambio drástico en el equilibrio mundial. De inmediato, la única solución organizativa viable que aparecía en el horizonte internacional era el sistema capitalista. Sin embargo, esta visión radicalmente dicotómica del mundo ocultaba una realidad mucho más compleja. El socialismo de la Unión Soviética no era igual al de China ni al de Cuba. El capitalismo de Estados Unidos tenía escasa similitud con el de Suecia y, por otra parte, dos grandes del sistema —Alemania y Japón— habían logrado construir un capitalismo aún más dinámico que el de Estados Unidos sin necesidad de organizar un subsistema militar que en la última posguerra se había transformado en instrumento absolutamente indispensable y extraordinariamente costoso para Estados Unidos.

En el mundo de las ideas, los pocos años transcurridos a partir del eclipse final de la Unión Soviética registraron no sólo un descenso de las variadas formas de la solución socialista, sino un agotamiento de la teoría social en general. Neoliberalismo se denominó al conjunto de políticas económicas que redujeron al mínimo la función social del Estado y abrieron las puertas de par en

par a la empresa privada, muy predominantemente a cargo de las grandes potencias capitalistas.

No puede interpretarse correctamente todo este periodo si no se tiene en cuenta el extraordinario alcance de la revolución tecnológica que se desencadena muy poco después de la Segunda Guerra Mundial y que —sobre todo a partir de 1953— se manifiesta simultáneamente en la capacidad productiva, en la comunicación y en las nuevas formas de organización empresarial.

Jamás en la historia de las sociedades humanas la capacidad de producir ha alcanzado los niveles que tiene en la actualidad. Igualmente, jamás el pensamiento científico ha logrado los horizontes de desarrollo logrados hoy, aunque —es muy importante anotar— con algunos déficits extraordinariamente gravosos, entre los que puede incluirse, en primer plano, la gran lentitud del pensamiento científico para relacionar el rápido progreso en la capacidad productiva de bienes y la casi inexistencia de una investigación sistemática sobre la distancia entre el progreso tecnológico y los modos de organización social global. Este último tema —tan básico para la humanidad de hoy y del futuro inmediato como lo es el progreso en la capacidad productiva— ha quedado relegado en no pocos países como consecuencia de un ostensible y a veces vociferante menosprecio, que propone reemplazarlo por un empirismo que se parece notablemente a una apoteosis del analfabetismo.

Tres conferencias mundiales

Los resultados de tres conferencias mundiales de gran magnitud realizadas dentro del quinquenio a que me refiero aclaran mejor esta observación. Pienso en la Conferencia Mundial sobre Medio Ambiente y Desarrollo, Río de Janeiro 1992; la Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo, El Cairo 1994, y la Conferencia Mundial sobre Desarrollo Social, que acaba de finalizar en Copenhague. Todas ellas fueron convocadas por organismos del sistema de las Naciones Unidas. Las tres conferencias estuvieron precedidas por estudios de distinto origen que señalan problemas mundiales cuya naturaleza y magnitud son bien conocidas por los especialistas y que se mencionan casi a diario en el periodismo de muchos países.

Los informes dados a conocer antes de la última de las conferencias contienen ilustrativos datos sobre pobreza y extrema miseria en todos los continentes, cuya magnitud crece sin cesar. Podría aquí reproducir datos bastante precisos, pero su notoriedad me exime de referirme a todos. Sólo quiero recordar que el 15 de febrero de 1995, Jacques Diouf, director general de la Organización de

las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), declaró que en el mundo en desarrollo hay 800 millones de personas que sufren desnutrición crónica y la mayor parte de ellas vive en Asia y América Latina (varias agencias informativas, *La Jornada*, febrero de 1995).

Hay otras opiniones que aseguran que, en realidad, esa cifra ha sobrepasado ya los mil millones. Según los demógrafos Alex de Sherbinin y Susan Kalish, en el artículo que encabeza el número de marzo de 1995 de *Population Today*, órgano del *Population Reference Bureau* (Washington), en este momento “más de mil millones de personas en el mundo viven en extrema pobreza”.

En lo que se refiere a nuestros países, una comisión de estudiosos encabezada por Patricio Alwyn, expresidente de Chile, presentó a la conferencia de Copenhague un informe donde se concluye que América Latina es la región del mundo con la mayor desigualdad en ingresos personales entre los más ricos y el resto de la población, con 196 millones en situación de pobreza, lo que representa 60 millones más que en 1970. De esa enorme multitud, 94 millones se ubican en el rango de la miseria absoluta (varias agencias informativas, *La Jornada*, marzo de 1995).

Hay algunos extremos elocuentes relacionados con el tema de este breve ensayo. En primer término, es importante citar un párrafo del discurso pronunciado por Boutros Ghali, secretario general de las Naciones Unidas, en la sesión inaugural de la conferencia de Copenhague: “El mensaje de esta cumbre es preciso: la comunidad internacional debe tomar una clara posición contra la pobreza, la exclusión y la injusticia social”. Agregó: “Es necesario un nuevo contrato social a nivel global, para traer esperanza a Estados y naciones, a hombres y mujeres en todo el mundo”. En el lenguaje rigurosamente formal y diplomático que, por larga tradición institucional, debe emplear el secretario general de las Naciones Unidas, es posible que nunca antes se haya hecho una formulación de esta magnitud. Basta traducir *contrato* por *sistema* para comprender el sentido verdadero de este mensaje.

Resultados coincidentes

Los resultados de las tres conferencias mundiales coinciden: las grandes potencias capitalistas de nuestro mundo contemporáneo se han rehusado —y lo siguen haciendo sistemáticamente— a adquirir compromisos puntuales de fondo que pudieran atenuar sus respectivas políticas nacionales hacia el Tercer Mundo y, frente a los problemas sustantivos que enfrenta la humanidad en este fin de siglo, han logrado imponer en las tres conferencias aludidas soluciones

de modesto alcance organizativo e informativo, a enorme distancia de la magnitud y urgencia de los problemas centrales que fueron llevados a los debates.

La verdad indiscutible consiste en que ninguna de esas grandes potencias está en condiciones de presentar propuestas que concilien lo que ellas entienden como intereses nacionales irrenunciables con la solución de los problemas mundiales básicos contemporáneos. Las posiciones que esas potencias han logrado transformar en programas de acción en las conferencias citadas no superan el límite de paliativos tendientes sólo a postergar las consecuencias más inmediatas de esos problemas.

Toda la revolución tecnológica, toda la reestructuración mundial que gira en torno de los grandes bloques del capitalismo contemporáneo, van acompañadas en los países capitalistas centrales por un empirismo elemental en materia de análisis social y de pronóstico político.

Hay, por supuesto, en esos países centrales, mentalidades muy aptas para el análisis y el pronóstico, ahogadas por el predominio publicitario ostensible de una mayoría orientada hacia el lucro inmediato, que rechaza toda posibilidad de pronóstico de largo y mediano plazos. En términos de teoría, es la consagración del inmediatismo. Nada más alejado de la actitud que nutre a la investigación científica en las etapas más creadoras de las especialidades de la naturaleza.

La revolución tecnológica marcha por sus propios carriles y ha cambiado radicalmente las condiciones de funcionamiento del sistema capitalista global, lo ha universalizado y le ha impuesto un ritmo vertiginoso, a enorme distancia de la capacidad de interpretación, que es la que desarrolla el pensamiento científico. George C. Lodge, que presidiera la Organización Internacional del Trabajo, el organismo más antiguo del sistema de las Naciones Unidas, acaba de precisar en Brasil el riesgo de muerte que amenaza hoy a las que han sido llamadas *economías emergentes*. “Los muchachos de *Wall Street* —advirtió sarcásticamente— pueden acabar con un país de una hora a otra” (Agencia EFE, *La Jornada*, marzo de 1995). La revolución tecnológica, la amoralidad social y el destino inmediato de la humanidad, todo entrelazado en un solo paquete.

Estados Unidos. La pobreza de la riqueza

Después de 1945, la política internacional comenzó a girar en torno de dos polos antagónicos —la Unión Soviética y Estados Unidos—, hasta que a partir de 1990 el naufragio nacional del primero permitió que Estados Unidos quedara como la potencia dominante en todo el mundo. Una realidad se ubicó

entonces en el terreno de lo indiscutible: el sistema soviético, construido penosamente a partir de 1917, había desaparecido antes de finalizar el siglo. Desde luego, la valoración precisa de este sistema, de sus logros y de los problemas vitales que condujeron a su muerte histórica, exigen un planteamiento detallado que excede el tema de este trabajo, donde sólo es posible señalar el hecho notorio de su ocaso.

Estados Unidos es, en los días presentes, incuestionablemente el país más rico del mundo en el sentido que hoy se asigna a la riqueza de las naciones. Sus características físicas constituyen una excepción única en todo el planeta. Su enorme territorio se encuentra ubicado en el hemisferio norte pero lejos de Europa, escenario secular de guerras internacionales —ubicación que, de por sí, le atribuye una ventaja importante—, y se extiende desde el clima frío en el norte hasta el templado en el sur. Fuera de una franja desértica en el oeste, todo él es fácilmente aprovechable con la tecnología contemporánea: un subsuelo muy rico en minerales cerca de costas marítimas y vías de transporte, una de las llanuras fértiles más extensas del planeta, ríos navegables en todas las regiones, enorme superficie boscosa.

Estados Unidos es el primer productor de cereales en el mundo y el más importante exportador en ese rubro, con menos del tres por ciento de la población activa en el sector. Es, a la vez, la potencia industrial con mayor capacidad productiva global, si bien hay ya otros países que lo superan en materia tecnológica en ciertas especialidades. Es el país más autosuficiente en materias primas al terminar el siglo XX. Sus inversiones y sus patentes le permiten recibir colosales ingresos provenientes de todos los continentes. En ciencias de la naturaleza, su cuerpo de investigadores ha alcanzado un número, un nivel y una riqueza instrumental realmente notables, lo que le permite marchar a la cabeza en muchas especialidades.

Pero si se busca otro tipo de indicadores que traduzca con alto grado de fidelidad y elocuencia la realidad contemporánea de este coloso de la historia, sería imposible encontrar uno más específico que la mortalidad infantil. Los demógrafos nos explican que este indicador —formado por los decesos durante el primer año de existencia— es el más fiel exponente estadístico del nivel de vida de una comunidad humana. A partir de los datos de todos los países del mundo que anualmente publica el *Population Reference Bureau*, de Washington, D. C., en un cuadro estadístico extraordinariamente valioso y que titula *World Population Data Sheet*, preparado con material de la División de Población de las Naciones Unidas y de publicaciones estadísticas de todo el mundo, se puede hacer un escalonamiento preciso de todos los países independientes contemporáneos. Las cifras más recientes corresponden a 1994, porque las de 1995 aún no se han publicado.

Eliminando de la comparación varios países e islas, algunos independientes y otros posesiones de grandes potencias —como Guadalupe y Martinica en el Caribe, que tienen muy escasa población—, puede hacerse una nómina escalonada de los veinte países del mundo, dentro de un total de 207, con índices más favorables de mortalidad infantil. En escala descendente, esos países son Islandia (3.9), Japón (4.4), Suecia (4.8), Taiwán (5.7), Alemania (5.9), Suiza (6.2), Países Bajos (6.3), Eslovenia (6.6), Australia (6.6), Austria (6.7), Francia (6.7), Canadá (6.8), España (7.9), Malta (7.9), Estados Unidos (8.3), Bélgica (8.3), Luxemburgo (8.5), Barbados (9.1), Portugal (9.2), Cuba (10.2).

El caso de Cuba, uno de los dos países latinoamericanos en esta nómina, requiere algunas aclaraciones. Durante treinta años este pequeño país ha vivido bajo la amenaza militar del coloso del norte y el bloqueo internacional que le impuso. La activa colaboración de la Unión Soviética durante ese periodo le permitió reducir las consecuencias económicas de esa política hostil. Un peligro mortal de tal magnitud obligó a esta isla de las Antillas a dedicar una parte desmesurada de su esfuerzo nacional a montar una fuerza militar defensiva. A pesar de esa situación tan adversa, y siempre según la misma fuente, en 1990 Cuba alcanzó un indicador de mortalidad infantil (11.9) más favorable que Estados Unidos en 1980 (13) y en 1994 superó el índice que Estados Unidos tenía en 1985 (10.2 y 10.5, respectivamente).

Pensando en el significado social que en la teoría demográfica contemporánea se asigna al índice de mortalidad infantil al que me he referido, se justifica ampliamente el título que Christiane B. Hale, demógrafa estadounidense, puso a un trabajo suyo reciente sobre el tema: *Infant mortality: an American tragedy* (1990). La mortalidad infantil es, en efecto, una tragedia nacional en Estados Unidos.

En el mismo número de *Population Today* que he mencionado, se reproduce un cuadro estadístico dado a conocer recientemente por el *United States Bureau of the Census* sobre pobreza en el país en 1990 en el grupo de hasta 18 años de edad, distribuidos los datos por nacionalidades de origen. En esta categoría se encuentra el 32 por ciento de los hijos de latinoamericanos, el 17 por ciento de los asiáticos y nativos de islas del Pacífico, el 38 por ciento de nativos americanos (indios, esquimales y aleutianos) y el 40 por ciento de descendientes de negros estadounidenses. Está clasificado en esta categoría un total de 11 millones 161 mil 836 habitantes.

Por otra parte, el *Children Defense Fund* (Fondo de Defensa Infantil) de Estados Unidos acaba de presentar su último informe, según el cual se encuentran ya en condiciones de pobreza casi 16 millones, la cifra más alta desde 1964 (corresponsal en Washington, *La Jornada*, marzo de 1995). Si concede-

mos a este último dato el mismo grado de verosimilitud que al anterior, el proceso de empobrecimiento de la primera edad sigue agudizándose año tras año.

Estados Unidos: el país enfermo

Hay datos conocidos de otra índole que pueden agregarse al cuadro general. Uno se refiere a la violencia como elemento de la vida diaria. El reciente debate en el Congreso de ese país sobre un proyecto originado en el Poder Ejecutivo, tendiente a restringir la venta legal de ciertas armas de fuego, puso de relieve una realidad conocida pero poco analizada en términos sociológicos: el clima generalizado de violencia impune frente al cual muchos admiten que la defensa privada del ciudadano es la única reacción eficaz.

El problema tiene cierta relación con el hecho admitido de que Estados Unidos es el mercado de drogas nocivas más grande del mundo. El dato tiene significados múltiples y extraordinariamente importantes. El más visible es que este comercio ilícito se ha transformado en lo que probablemente sea la fuente más importante de formación de capital en la economía nacional. Como fenómeno económico todo lo impregna y se encuentra profundamente enraizado en la estructura productiva: grandes empresas de todo tipo, incluyendo los bancos, trabajan con capital de ese origen y multiplican así hasta el infinito las utilidades, transformándolas, a la vez, en poder económico legítimo. Este rubro, hoy fundamental en la economía nacional de Estados Unidos, genera una potencia política de primer plano, que se ha hecho presente en todos los niveles del poder y de sus instituciones representativas.

El tipo de consumo que sostiene a esa colosal pirámide del poder económico, político y social degenera rápidamente la personalidad humana, multiplica hasta el infinito la conducta antisocial y aletarga las reacciones intelectuales y éticas del individuo. No se ha expuesto en Estados Unidos ninguna solución viable para detener esta verdadera catástrofe nacional.

El problema tiene otro capítulo menos notorio. El psicólogo y el psiquiatra saben que no todo ser humano cae en la trampa mortal del consumo de drogas. Hay factores de orden endógeno que generan la tendencia, pero los decisivos son los de orden social y cultural. Existe, pues, en el país, un entorno generalizado que facilita la rápida expansión del grave mal.

En síntesis, el modo estadounidense de organización social capitalista ha generado las raíces profundas de su propia catástrofe histórica. Al finalizar el siglo xx son dos los naufragios: el socialismo en la versión de la Unión Soviética

y el capitalismo en la versión de Estados Unidos. Es lógico entonces que Estados Unidos no tenga ninguna solución viable que ofrecer al Tercer Mundo, como se ha comprobado en las grandes conferencias internacionales mencionadas.

Hay otros socialismos y otros capitalismo en el proceso histórico y en el mundo contemporáneo. La posibilidad de su examen comparativo es una empresa de gran magnitud que, por supuesto, no puede siquiera ser esbozada en un trabajo breve como éste. Pero la comprobación que acabo de señalar es suficientemente importante como para que la traslademos a nuestro panorama mundial y a nuestra agenda de análisis en América Latina.

América Latina. El hoy de la Teoría Social

Nunca en la prolongada historia del pensamiento humano ha habido en todos los continentes mayor necesidad de creación teórica y de análisis creador en materia social como en este fin de siglo. Nunca tampoco se ha igualado la magnitud y trascendencia de los problemas organizativos que enfrentan hoy todos los continentes y todos los países, sin una sola excepción. Hay, en un extremo, un verdadero desbordamiento de capacidad creadora en todos los terrenos científicos, desde los que descansan en alta medida sobre un manejo tecnológico hasta la madurez cultural que conduce a la creación en materia teórica y un verdadero océano de información que puede alimentar a esa capacidad de construcción teórica como jamás antes ha ocurrido en toda la prolongada historia cultural del género humano.

¿Dónde está, sin embargo, el fruto de esa vasta posibilidad de crear teoría social? Sin excluir el hecho cierto de aportes individuales muy valiosos, la verdad es que esa capacidad de creación teórica se encuentra en gran medida en el terreno de las posibilidades.

América Latina es, en esta materia, una zona particularmente crítica. En términos de realidad social, bien podríamos decir que el subcontinente es un injerto de Primer Mundo en un robusto tronco de Tercer Mundo. Un injerto de modalidades explosivas, porque el resultado es un híbrido del extremo Primer Mundo con el extremo tercero. Lo más refinado del progreso material del sistema hoy predominante está aquí, bien visible, en cualquiera de sus veinte grandes metrópolis. Lo más extremo de la dominación social y del desprecio por los valores de la convivencia también. ¿Puede sorprendernos entonces que la palabra de Cristo haya revivido fuertemente en otro producto cultural típicamente latinoamericano, como es la Teología de la Liberación?

La capacidad de creación en teoría social también tiene en América Latina raíces profundas. Ubicada, por una parte, en el cruce del poderoso torrente cultural originado en los países occidentales de Europa y de Estados Unidos y, por la otra, de la antigua sabiduría de los pueblos del Tercer Mundo, nutrida por una información muy actualizada sobre lo que se piensa en los mejores centros de creación cultural de Occidente, América Latina es heredera directa de lo mejor de Occidente, pero a la vez de lo mejor del Tercer Mundo. A un latinoamericano culto no le cuesta ningún trabajo comprender el pensamiento más refinado de Oxford y, a la vez, la antiquísima sabiduría de las poblaciones indígenas del neolítico superior.

Este perfil de lo posible en Ciencias Sociales tiene un trasfondo. Es la magnitud de la responsabilidad intelectual que gravita sobre los investigadores de lo social en estas tierras que hoy llamamos, tan equívocamente, latinoamericanas.

Bibliohemerografía

AGENCIA EFE (1995), *La Jornada*, México, 20 de marzo.

CORRESPONSAL EN WASHINGTON (1995), *La Jornada*, México, 29 de marzo.

HALE, Christiane B. (1990), *Infant mortality: an American tragedy*, Washington, D. C., Population Reference Bureau.

VARIAS AGENCIAS INFORMATIVAS (1995), *La Jornada*, México, 17 de febrero.

VARIAS AGENCIAS INFORMATIVAS (1995), *La Jornada*, México, 2 de marzo.